



SUPLEMENTO DE
ANÁLISIS POLÍTICO





Foto: Cortesía

Defecciones y conflictos: ¿hay rebelión en la granja?

Suplemento de análisis político - Edición 161

En marzo, numerosas defecciones y denuncias estremecieron las filas del sandinismo creando mucha especulación sobre los alcances de un proceso de deterioro del otrora aparente monolítico Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), golpeando la confianza del régimen en sus propias bases y exacerbando la paranoia y desatando una cacería de brujas en algunas instituciones y estructuras partidarias.

Defecciones en la base y el círculo cercano

El 23 de marzo pasado, Nicaragua y la comunidad internacional fueron testigos de la dramática renuncia de Arturo McFields, embajador del gobierno de Nicaragua ante la Organización de Estados Americanos (OEA). En

plena sesión del Consejo Permanente, MacFields denunció los asesinatos cometidos por el régimen Ortega-Murillo, las presiones a los empleados públicos, y el cruel encarcelamiento de 177 presos políticos, asestando un golpe muy serio a la narrativa oficial del golpe de estado. Dijo además, que muchos funcionarios estaban en el dilema de renunciar igual que él, otros se han ido en silencio y algunos más permanecen porque no tienen opciones, revelando un extendido grado de inconformidad entre el personal de las instituciones del Estado.

Cinco días más tarde, el abogado y asesor de los juicios sobre asuntos limítrofes que el gobierno de Nicaragua ha llevado ante la Corte Internacional de Justicia desde los años 80, también presentó su renuncia en una carta pública donde alega que Ortega había instalado una dictadura como la que había ayudado a

derrocar en 1979. En la carta denuncia: “resulta aún más inconcebible que ese Daniel Ortega hubiera arrestado, confinado en condiciones intolerables y enjuiciado a más de 50 ciudadanos destacados (...) con cargos falsos que no son más que un pretexto para eliminar la disidencia y la oposición”.

Las dos renuncias acompañadas de denuncias a la dictadura y solidaridad con los presos políticos ponen en evidencia que tras la fachada de “normalidad” que Ortega y Murillo han tratado de presentar hay contradicciones, frustración y fisuras, y que lejos de haber logrado la cohesión de los trabajadores del Estado y sus propias bases, existen procesos subterráneos de erosión y debilitamiento. Muestran que más allá de un pequeño núcleo fanático, beneficiario de prebendas y corrupción, y otros que por intereses mezquinos ataron su carro al del régimen, el resto de su organización y del funcionariado también sufren la represión y temen a sus agresiones.

Por ahora es difícil saber qué tan extendidas o profundas son estas fisuras, pero es claro que no se trata de casos aislados. Lo más notable es que las dos defecciones se produjeron en un momento en que Ortega parecía haber consolidado su control sobre las instituciones públicas y haber aplastado todo vestigio de

oposición organizada luego de las elecciones de noviembre pasado. Pero es obvio que en todos los órganos de la dictadura hay un grado de desmoralización mayor del que se aprecia a simple vista.

Más recientemente, otros dos incidentes han agitado las redes sociales orteguistas. El primero, fue la desactivación del llamado sandinismo histórico a través de un memorándum firmado por el coronel retirado Leopoldo Rivas, encargado por Ortega y Murillo para atender a la militancia más antigua. El segundo es la represión contra un militante sandinista del municipio de Muelle de los Bueyes que pretendía salir del país para hacer gestiones personales.

El memorandum de Rivas produjo una gran alharaca entre algunos miembros del llamado sandinismo histórico. El “Chino” Enoc, muy conocido por sus videos en los que critica fuertemente a Rosario Murillo, cruzó un límite establecido al dar declaraciones a dos medios perseguidos por el régimen, La Prensa y Confidencial, atacando a Murillo y acusándola de hacerle el juego al imperio yanqui y a los “puchos”, sobrenombre que la misma Murillo le ha dado a los opositores. Otra militante de nombre Sandra Martínez que se identifica como parte del “sandinismo histórico”, denunció en



Foto: Cortesía

redes sociales que la policía llegó a asediar su casa cuando se enteraron de una reunión convocada para discutir el comunicado de Rivas.

A pesar del ruido mediático que se ha creado, la contradicción no es principal. El conflicto entre Murillo y los sandinistas históricos se remonta años atrás cuando desplazó a viejos militantes de posiciones de poder dentro del FSLN, para sustituirlos por jóvenes sin recorrido político y subordinados a ella. Con eso causó un agravio que muchos no perdonan hasta la fecha porque dejó a los “históricos” al margen, lamiéndose las heridas y rezongando por lo bajo contra Murillo.

La crisis de 2018 les permitió salir de la oscuridad y volver al protagonismo que tanto extrañaban cuando Ortega los convocó para organizar las fuerzas paramilitares y participar en conjunto con la policía y la inteligencia del ejército en la llamada “Operación limpieza”. Los “históricos” pensaron que una vez probada su valía en el momento de crisis extrema, volverían a ocupar el lugar que les corresponde. La carta de Rivas los devolvió abruptamente a la realidad: podían irse a sus casas porque ya no eran necesarios. El círculo cercano sigue copado por los militantes de menor edad leales a Murillo.

Es muy probable que la contradicción entre los “históricos” y los “jóvenes” chayistas permanecerá hasta que en unos años más los primeros se rindan ante el paso inexorable del tiempo. Unos y otros se declaran los más leales y fieros defensores del sandinismo y Ortega. Es una disputa interna del sistema donde ninguno tiene conflictos éticos, no cuestionan el carácter del régimen, ni la violación de derechos humanos. Sólo hay egos heridos y privilegios perdidos. Pero la disputa causa ruido en otros grupos dentro del mismo orteguismo y en la opinión pública.

El otro incidente es diferente. Bayardo Rodríguez, promotor político del FSLN en el municipio de Muelle de los Bueyes, solicitó permiso para viajar fuera del país, tal como tienen que hacer ahora todos los trabajadores estatales y militantes del partido. Iba a hacer unas gestiones personales y el secretario político de la zona, rechazó su solicitud argumentando que en realidad planeaba abandonar el país en forma definitiva. Inmediatamente, en las redes sociales del municipio se desencadenó una campaña acusando a Rodríguez de terrorista y traidor; del otro lado, un grupo de apoyo de Rodríguez organizó una manifestación de respaldo que fue cancelada por la policía.



Foto: Cortesía



Foto: Cortesía

Esta mini crisis local es un reflejo del grado de control político y policial del régimen contra sus propios afiliados, el descontento que está provocando en sus filas, la disposición de algunos para hablar y desmentir las campañas lanzadas en su contra. Los miembros del FSLN ya se dieron cuenta que están prisioneros en el país igual que muchos otros ciudadanos a los que les ha retirado el pasaporte y se les prohíbe viajar sin ninguna justificación ni orden legal. Además, también están expuestos a las campañas de estigmatización y desprestigio, el acoso de la policía y eventualmente, la cárcel.

El malestar se extenderá a medida que se profundice la paranoia persecutoria de los Ortega Murillo, como ha ocurrido a raíz de la defección de MacFields, y más personas del FSLN sean afectadas por violaciones a sus derechos humanos. Hasta ahora, los casos conocidos no son muchos por el control de la información y el temor que prevalece entre los propios partidarios, pero muestran una tendencia a la erosión de las bases del régimen Ortega-Murillo. Muy pocos creen que Ortega y Murillo representan una esperanza de futuro; por el contrario, sin apoyo político interno, aislado internacionalmente, enfrentado a la incertidumbre económica y a sanciones, una buena parte de los que todavía permanecen a su lado ya comenzaron a calcular el momento en

que los costos de la fidelidad sobrepasen las ventajas.

La trascendencia de Abril

El 4 de abril de 1954 un pequeño grupo de conspiradores planeaba un atentado contra Anastasio Somoza García, fundador de la dictadura somocista, pensando que por esa vía abriría la puerta a la democratización del país. El atentado fracasó, los conspiradores fueron perseguidos ferozmente; la mayoría de ellos capturados o ejecutados en el acto. Los capturados sufrieron espantosas torturas antes de ser ejecutados. La dictadura sobreviviría 25 años a los patriotas que se inmolaron pensando ponerle fin.

Sesenta y cuatro años más tarde, en el mismo mes de abril, el pueblo nicaragüense se alzó, esta vez sin armas, contra la dictadura Ortega-Murillo que desencadenó una represión de tal nivel que costó la vida de al menos 355 personas y ha llevado a la cárcel a más de 900. No fue un grupo de conspiradores, sino cientos de miles manifestándose, demandando justicia y libertad. Fue el reclamo legítimo y espontáneo de un pueblo harto de los abusos, fraudes electorales y el irrespeto a sus derechos. ¿Cuánto tiempo sobrevivirá la dictadura orteguista a la insurrección de abril?



Foto: Cortesía



Foto: Cortesía

Además de sostener una política de represión sobre la sociedad nicaragüense, Ortega escaló nuevamente los niveles de violencia en el 2021 con juicios y condenas espurias a los presos políticos, la disolución y robo de los bienes de más de 130 asociaciones civiles, creando un andamiaje jurídico para sostener el Estado Policial, y la retórica triunfalista de sus voceros. El propósito es enterrar la esperanza, haciendo creer que la dictadura se ha instalado para siempre tal como pretendió hacer Hitler cuando proclamó que su Reich permanecería por 1000 años. Como otras, la dictadura de los Ortega-Murillo terminará más pronto de lo que ellos imaginan.

Pero Abril es mucho más que la salida del régimen; es una oportunidad para construir una sociedad democrática, solidaria y con justicia para todos. Un propósito más trascendental y complejo que sacar a Ortega del poder.

Los altibajos de la construcción democrática

La madrugada del 26 de febrero de 1990 cuando en un emotivo discurso Daniel Ortega reconocía

el triunfo electoral de Violeta Chamorro, y anunciaba la entrega pacífica y ordenada del gobierno, Nicaragua fue testigo esperanzada de lo que parecía el comienzo de una nueva era democrática. Por primera vez en la historia del siglo XX se producía un cambio pacífico del gobierno, todos los anteriores habían sido producto de revoluciones o intervenciones extranjeras. Las esperanzas, altas inicio, comenzaron a disminuir rápidamente.

Ortega se arrepintió poco después de las veleidades democráticas y declaró “el gobierno desde abajo”, es decir, la imposición de su voluntad al gobierno legítimamente constituido por vía de la violencia y el chantaje ejercido a través de asonadas, tranques y otras acciones de violencia dirigida. Del otro lado del espectro político surgieron caudillos corruptos como Arnoldo Alemán, prestos a fomentar la división, las traiciones y los pactos a espaldas del pueblo con vistas a consolidar un poder personal. En medio de las disputas por ventajas de corto plazo, los principales actores políticos se perdieron en el discurso revanchista y no establecieron las bases para una democracia sólida.



Foto: Cortesía

El Partido Liberal Constitucionalista (PLC) emergió de las luchas caóticas de esos años como el principal adversario de Ortega y del sandinismo cuando logró aglutinar a los liberales y se constituyó en el partido político con mayor apoyo en la población. Sin embargo, Arnoldo Alemán, al frente del partido, dilapidó ese respaldo con una corrupción galopante, un control autoritario y el pacto con Daniel Ortega. Alemán y Ortega se propusieron repartirse el control del sistema electoral y otros poderes del estado para restringir la participación de otros partidos políticos. La reforma a la ley electoral que disminuyó el porcentaje mínimo requerido para la elección presidencial en primera vuelta a cambio de que Ortega apoyara el establecimiento de una diputación a los ex presidentes, hizo posible que este último ganara las elecciones del 2006.



Foto: Cortesía

Entre 1990 y 2006, los liberales no fueron capaces de ofrecer una propuesta de país más allá del discurso antisandinista. Las luchas intestinas y la miopía política llevaron a los liberales a servir la mesa para la victoria electoral de Ortega en el 2006 cuando se presentaron divididos a las elecciones y le permitieron hacerse con el poder a pesar de que los votos liberales sumaban mucho más que los

votos de Ortega. El fraccionamiento liberal persiste hasta hoy, con algunas agrupaciones no reconocidas y el PLC convertido en un partido funcional a los intereses de los Ortega Murillo a cambio de prebendas y puestos públicos. Por ello, no es casualidad que la sublevación de abril aunque se dirigió fundamentalmente contra el régimen de los Ortega-Murillo, también rechazara de plano a los políticos y partidos tradicionales que fracasaron estrepitosamente en canalizar las aspiraciones de la gente. La desconfianza y el rechazo generalizados fue prácticamente unánime.

La agenda crítica de Abril: justicia, libertades y democracia

Hoy que se conmemora el cuarto aniversario de la insurrección de abril conviene refrescar los desafíos y objetivos críticos. El reclamo de justicia, memoria, verdad, reparación para las víctimas y garantías de no repetición es la demanda más acuciante luego de cuatro años en los que el régimen no ha permitido investigaciones ni procesos a los responsables por los crímenes cometidos. Todos los días las familias de los asesinados y heridos, así como los prisioneros políticos y sus familiares, recuerdan que esa justicia sigue pendiente.

A pesar del tiempo transcurrido y de otras crisis humanitarias como la causada por la guerra de Ucrania, la comunidad internacional mantiene su atención sobre la tragedia nicaragüense. El 31 de marzo de 2022, el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas adoptó una resolución para establecer un Grupo de Expertos que deberá “realizar investigaciones exhaustivas e independientes sobre todas las presuntas violaciones de derechos humanos” cometidas desde abril de 2018, incluyendo sus causas estructurales. Por sí mismas, estas iniciativas no lograrán el cese de las violaciones de derechos humanos, pero sientan las bases para el día que los responsables sean juzgados y reciban las penas que les corresponden.



Foto: Cortesía

Las personas prisioneras políticas son la otra herida sangrante. De acuerdo con el Mecanismo de Reconocimiento de Personas Presas Políticas, hay al menos 181 confirmados, de los cuáles 171 han sido encarcelados a raíz del 2018, 126 permanecen en el sistema penitenciario y 30 se encuentran en la cárcel El Chipote sometidos a aislamiento y tortura. La libertad de todas estas personas junto al restablecimiento de los derechos ciudadanos, incluyendo el derecho a la libertad de expresión y de movilización, así como el retorno de los exiliados son condiciones indispensables para que Nicaragua comience a sanar.

El gran desafío histórico para los nicaragüenses es la construcción de una democracia que asegure las libertades y los derechos de todos. Para ello, uno de los retos más importantes es acabar con la cultura jerárquica, patriarcal y autoritaria heredada desde la Colonia. En esa tarea, los liderazgos políticos de la oposición tienen una responsabilidad mayor, pues en muchos de ellos perviven rasgos de la cultura

política autoritaria que obstaculiza los esfuerzos de unidad, diálogo y construcción de consenso como condiciones indispensables para hacer frente de manera coherente a la dictadura.

Ortega saldrá del poder más temprano que tarde porque su modelo de gobierno por la fuerza de las armas no es sostenible en el largo plazo. Mientras el régimen avanza en el montaje de su estado policial con la aprobación de leyes que dan apariencia legal a su afán totalitario, mientras los presos políticos continúan en las cárceles, mientras avanza la liquidación de las organizaciones de la sociedad civil y el gobierno toma el control de universidades privadas, mientras los ciudadanos siguen acosados e impedidos de salir del país; los grupos de la oposición democrática tienen el desafío de construir una alternativa creíble que inspire y movilice a la gente hacia la resistencia. En el cuarto aniversario de la insurrección de abril es hora de avanzar firmemente en la dirección correcta: la dirección de la justicia, las libertades y la democracia para Nicaragua.

Los peligrosos giros políticos en Centroamérica

El tecnopopulismo se ha instalado en Centroamérica en sus dos variantes: el uso de las tecnologías de la comunicación para difundir mensajes populistas entre poblaciones ansiosas de certidumbres y las promesas de soluciones “expertas” en las competencias políticas electorales. Los dos ejemplos más claros son los de Nayib Bukele, el actual presidente de El Salvador y Rodrigo Chávez, el recién electo presidente de Costa Rica durante el balotaje que se realizó el 3 de abril pasado. Pero no son los únicos.

Al finalizar los conflictos internos del siglo XX que asolaron a la región centroamericana, los países de la región emprendieron el camino hacia la construcción de la democracia; sin embargo, tempranamente se enfrentaron a fuertes retos relacionados con la enormes desigualdades sociales y el subdesarrollo, la debilidad de las instituciones democráticas, los autoritarismos, la corrupción, la inseguridad y la violencia, entre otros.

Las falencias de los procesos democráticos centroamericanos, la urgencia de respuestas efectivas a las urgentes necesidades de la población y el bajo desempeño de la

democracia, dio paso a la ruptura de la hegemonía que los actores tradicionales habían mantenido sobre los sistemas políticos para dar paso a nuevas fuerzas que se han caracterizado por ser emergentes; partidos o agrupaciones políticas de composición diversa o a partir de alianzas entre fuerzas con posiciones ideológicas distintas; y destacar más a los candidatos provenientes de sectores considerados “no políticos”.

Así emergió la presidencia de Jimmy Morales en Guatemala. Un actor, productor y escritor que devino en la política ante la falta de credibilidad de los liderazgos y partidos tradicionales. Las expectativas iniciales que lo vieron con simpatía y apostaban por una comunicación política diferente con la ciudadanía considerando su manejo de las redes, se trastocaron rápidamente cuando quedó expuesto por su presidencia débil, surgida en el contexto de los escándalos de corrupción del ex presidente Otto Pérez Molina, una baja legitimidad, señalado a su vez de corrupción, financiamiento electoral proveniente de fuentes oscuras y varias denuncias de abuso y agresiones sexuales no aclaradas. Morales no logró enrumbar a Guatemala por la esperada senda democrática y la dejó sumida en una profunda crisis política que persiste hasta hoy.



Foto: Cortesía

En Costa Rica, los resultados de la segunda vuelta colocaron a Rodrigo Chávez como ganador de la presidencia. Conocido como tecnócrata de organismos financieros internacionales y ministerios públicos, Chávez no tiene antecedentes de experiencia política y su candidatura fue blanco de críticas por acusaciones de acoso sexual. En la contienda encabezó el Partido Progreso Social Democrático (PPSD) de reciente conformación y con un bajo peso de representación en el legislativo. Más del 40 % de la población se abstuvo de votar, especialmente en las provincias con mayores niveles de pobreza y demandas sociales; las mismas en las que Chávez consiguió la mayor cantidad de votos. Sus antecesores del Partido Acción Ciudadana (PAC), que rompió la hegemonía de partidos tradicionales, no logró llenar las expectativas de la población costarricense agobiada por el peso de la crisis económica, con lo que se abrió un contexto favorable para que la figura de Chávez se alzara en las votaciones a partir de sus propuestas para reactivar la economía.

Xiomara Castro, la actual presidenta de Honduras, se perfila también dentro de esta tendencia centroamericano de cambio político aunque con rasgos distintos. Castro llegó a la

presidencia encabezando al Partido Libertad y Refundación (Libre), fundado por su esposo y expresidente, Manuel Zelaya, quien fuera depuesto por un golpe de estado en 2009. Compitió en las presidenciales del 2013 quedando en segundo lugar, pero no logró romper con el control del Partido Nacional y el Partido Liberal sobre el sistema político hondureño hasta en las elecciones de noviembre 2021. Aunque en sus promesas de campaña ofreció cambios para la población en el ámbito económico, social y político, enfrenta retos significativos para materializarlas considerando la fortaleza de los poderes fácticos, incluido el crimen organizado.

Nicaragua no se inscribe en la lógica de los tecno populismos porque es claramente un régimen dictatorial que abandonó su retórica populista y perdió la batalla política en los medios y las redes sociales. Pero además, porque en la medida que se ha debilitado, se desenmascaró para mostrar su verdadero rostro.

Entre los tecno populismos, los poderes fácticos hondureños y la dictadura de los Ortega-Murillo, los giros políticos centroamericanos representan un serio riesgo político para la democracia en la región.



El tecnopopulismo en Centroamérica



Nicaragua no se inscribe en la lógica de los tecno populismos porque es claramente un régimen dictatorial que abandonó su retórica populista y perdió la batalla política en los medios y las redes sociales. Pero además, porque en la medida que se ha debilitado, se desenmascaró para mostrar su verdadero rostro.